

Rafael Balanzá

Recado de un muerto

 Siruela

Nuevos Tiempos

Hay algo en la conciencia que se convierte en trampa de ella misma.

WITOLD GOMBROWICZ

Viernes

Pero si mantienes los ojos lo bastante abiertos desde el principio nada te parecerá demasiado increíble como para que llegues a creerlo, porque nada puede ser mucho más extraño que el simple hecho de estar vivo. Eso es precisamente lo que procuro hacer en este momento: mantener los ojos abiertos. Mantenerlos abiertos por mucho esfuerzo que requiera. Mantenerlos abiertos incluso cuando los tengo irremediabilmente cerrados desde hace ya varias horas.

Si algo he aprendido en mis treinta y siete años de vida, y especialmente en los últimos tres días, es que no hay suceso tan inverosímil o improbable como para que no tenga lugar en este mundo. A menudo vamos por ahí suponiendo que somos halcones que planean majestuosamente sobre el paisaje, vigilándolo todo desde nuestra gran altura. No caemos en la cuenta de lo que realmente somos hasta que recibimos una violenta acometida desde lo alto y notamos unas garras que se hunden en nuestra carne tierna, recubierta por un plumaje blanco y delicado.

Esa es la verdad: cualquier cosa, lo más increíble o espantoso podría sucederle ahora mismo a cualquiera de vosotros, como de hecho me sucedió a mí; sin avisos ni explicaciones, sin preparaciones ni augurios. Y esta advertencia –¿sabéis?– no proviene de una mente ilustre, de algo que haya leído. No os lo digo porque alguien venerable, alguien (imaginemos) con una larga barba gris, una túnica blanca y un puñado de arroz apretado en una mano, sentado junto a una bonita cascada en el umbral de una gruta, me lo haya revelado. Nada de anacoretas, ni de filosofía. Se trata de experiencia. De lo que me ha pasado. De lo que empezó a pasarme exactamente el viernes por la mañana cuando abrí mi cuenta de correo y encontré allí un *e-mail* sorpresivo de un amigo que estaba ya en vías de dejar de serlo:

«Te espero en la nave dentro de una hora. Ven tú solo. No intentes llamarme al móvil porque me temo que no contestaré. Es necesario que nos veamos cuanto antes. Ha ocurrido algo y tenemos que hablar. Es grave y es urgente. Te lo explicaré en cuanto llegues.»

Ese amigo se llamaba Ángel Bru. Lo más extraño de la situación era el hecho de que nos hubiéramos visto hacía solo unas horas. La noche anterior, precisamente. En El Fresno, un local a las afueras de Las Zalbias, la población marítima en la que vivimos y en la que nos hemos criado juntos. Una pregunta que me hice de inmediato fue qué podría haber sucedido entre nuestra conversación nocturna y lo poco que había transcurrido de aquella mañana para que sintiera la necesidad urgente de verme

otra vez. Miré el reloj en el ángulo inferior de la pantalla. Apenas eran las 9:40. ¿Qué podía haber pasado? ¿No había quedado ya todo bastante claro?

—Pensaba que lo habíais dejado todo claro... anoche.

Me gustan los gestos soñolientos y despreocupados de Marta. Me gustan sus modales burdos y hasta sus tics groseros. Me gusta ese modo de acercarse a mí con-toneándose y rascándose una nalga por debajo de esa camiseta blanca con la cara de Shrek con la que suele dormir.

Acabo de explicarle el contenido del mensaje, nada más oírle expresar su curiosidad desde el pasillo. Ahora me vuelvo, y es entonces cuando la veo entrar en el cuarto del ordenador. Se le ven las bragas por debajo de la camiseta mientras se rasca el trasero. Me pone una mano en el hombro y le da un sorbo a su tazón de café con leche de soja mientras mira hacia la pantalla. Se ha levantado temprano esta mañana y ha debido de estar trajinando por la casa. O eso me había parecido antes, porque algún ruido me ha sacado un instante del sueño, según lo recuerdo. O creo recordarlo.

Marta siempre me ha gustado más despeinada y sin maquillaje: el contraste violento de su feminidad indeclinable y su desdeñosa grosería. Su melena suelta y en-sortijada, con anillos y bucles de caoba de todos los tamaños, enredándose, precipitándose sobre sus hombros de porcelana.

—Yo también. También creía que estaba claro.

Marta me ha dado un beso en la nuca y un mordisquito en la oreja.

—¿Qué piensas hacer? ¿Vas a ir?

Yo cierro mi cuenta de correo y me meto en el buscador para ver noticias.

–Claro que voy a ir –respondo sin mirarla–. Tengo que ir... a ver qué quieres que haga. Tendré que saber lo que busca este ahora... Tengo que vigilarlo, ¿no?

Ella no dice nada. Simplemente se aleja por el pasillo, hacia la cocina.

«Vaya mierda», pienso entonces, mirando las noticias sin prestarles atención, excepto a no sé qué insólita teoría de Hugo Chávez sobre el origen de su cáncer. «Vaya mierda», insisto, pero ya no solo mentalmente, sino mascullando las palabras con un mínimo soplo, una burbuja de aire apenas tallada por la lengua y los dientes.

Me levanto dejando el PC encendido y me asomo a la cocina, donde Marta está desayunando.

–¿No has tomado nada? –me pregunta, risueña. Tiene una galleta de canela entre los dedos índice y pulgar de su mano izquierda.

–Me he levantado fatal –le explico, llevándome una mano a la boca del estómago–, ahora cuando vuelva, a lo mejor...

– Pero... ¿te vas ya?

–Sí, voy a acercarme al polígono. Me espera en la nave. Ya lo has leído.

Ella asiente en silencio. Giro sobre los talones y voy al dormitorio para vestirme.

Me sorprende recordarlo todo con tanta precisión. La verdad es que no sé si a esto podemos llamarlo, con propiedad, «recordar». La mañana del viernes era luminosa. No había mucho tráfico. Nuestra vida en Las Zalbias es tranquila, por lo general. Sobre todo en invierno. El pueblo solo se anima un poco durante la temporada alta de veraneo, pero ya estábamos en septiembre. Muy cerca hay dos o tres urbanizaciones llenas de alemanes y de ingleses. La capital y su medio millón de ruidosos habitantes están a una profiláctica media hora en coche por la autovía. Marta y yo solemos ir allí –a cenar, al cine– una o dos veces al mes, más o menos.

Avancé en paralelo al nuevo paseo marítimo y, al llegar al punto donde el café Arrecife separa el puerto de la playa, giré en la rotonda hacia la plaza Descubridores. Después, alejándome del mar por una calle estrecha y empinada, enfilé hacia las afueras en busca del polígono.

La noche anterior, en El Fresno, Ángel y yo habíamos tenido una conversación algo crispada. Más bien una discusión. Claro que para entender lo que ocurrió la noche del jueves deberíais estar al tanto, por lo menos, de algunos rasgos generales de mi biografía. No hará falta entrar de momento en demasiados detalles. Creo que bastará con explicaros que me he movido durante los últimos años por la línea de sombra que separa una cómoda ilegalidad sin demasiados riesgos del extenuante sol de la rectitud y las buenas obras. Supongo que os podéis hacer una idea. Con veinticinco años cancelé mi breve etapa universitaria. Había trabajado y

vivido en la capital desde los veintidós, pero sufrí una crisis personal después de romper con Mercedes, mi novia de entonces. Así que regresé a Las Zalbias y me puse a buscar trabajo.

Fue entonces cuando me hice transportista y recorrí con un tráiler frigorífico la mayor parte de Europa Occidental y del Este. Pero las jornadas al volante perdieron muy pronto el romanticismo con que al principio me habían atraído. Enseguida resultaron realmente agotadoras y solitarias. Las prostitutas, con quienes la mayoría de las veces apenas si intercambiaba alguna palabra, acabaron muy pronto por tener casi todas a mis ojos la misma cara de asco y las mismas ganas de terminar cuanto antes. Llegué a preferir masturbarme solo en la cabina del camión, o en el hostel de turno, cuando tenía que hacer noche fuera del país. Pasaba semanas enteras lejos del pueblo, lo cual se convirtió en un problema serio para mi incipiente relación con Marta. Así que, antes de cumplir los treinta, permití que Ángel, siempre tan atento, me introdujera en el mucho más atractivo y lucrativo mundo del tráfico de éxtasis y cocaína. Celebramos juntos la llegada del nuevo siglo nadando en una abundancia que entonces parecía inagotable. Todo el mundo tenía dinero y, desde luego, todo el mundo esnifaba. Los que más, sin ninguna duda, los políticos. Los cargos consistoriales de Las Zalbias y sus alrededores. Nuestra pequeña ciudad estaba dejando de ser tan pequeña a marchas forzadas. De hecho ya había alcanzado los treinta mil habitantes y seguía creciendo a un ritmo vertiginoso, sin presentar el menor indicio de moderar o racionalizar tan eufórica y hedonista expansión. Cada semana las excavadoras

despejaban sin contemplaciones uno o dos kilómetros cuadrados más por los alrededores. Ni siquiera respetaron las salinas de San Juan, de cuya defensa hicieron causa común varios grupos ecologistas y asociaciones vecinales de la zona; los cuales, *in extremis*, consiguieron salvar algo del bonito humedal cuando obtuvieron, gracias a una desesperada campaña en la prensa, la precaria y provisional calificación de «entorno natural protegido».

En fin..., así estaban las cosas en nuestra comarca, pero no quiero apartarme de mi asunto. El caso es que en la época de las hormigoneras gordas a Ángel y a mí nos iba bastante bien con nuestro supermercado portátil de la droga. Lo teníamos todo bastante controlado. Trabajábamos por zonas, haciendo rotación y dejando en barbecho los lugares más conflictivos o vigilados. Procurábamos vender exclusivamente a través de contactos seguros y no teníamos mayores problemas para esquivar a la policía.

Con la quiebra de Lehman Brothers al otro lado del Atlántico empezó, como todos recordaréis, una penuria imprevista en nuestra templada cuenca mediterránea, y particularmente en nuestra pequeña población costera. Nadie parecía preparado para algo así. Por supuesto, los politoxicómanos de siempre –las poligoneras, los technobakalas– seguían dependiendo de nosotros para su abastecimiento habitual en sus fines de semana de cuatro días. Lo malo era que el dinero ya no circulaba con la facilidad de antes; y, por otra parte, a Ángel y a mí ya nos conocía todo el mundo a esas alturas. También la policía. Era un verdadero milagro que aún no estuviéramos oficialmente fichados. Los búlgaros se encargaban ahora del

suministro. Primero habían sido los georgianos, y antes de eso los colombianos.

Pero con los búlgaros la cosa iba de mal en peor. Por nada se volvían locos y le sacaban un ojo a alguno, o le machacaban los dedos en un taller con un martillo de forja a cualquier yonqui desgraciado que no les hubiera pagado a tiempo. A nosotros nos respetaban algo más, sí, por nuestra buena organización, y por nuestros contactos nacionales –hacíamos de intermediarios entre ellos y los camellos–; pero habían empezado a presionarnos para que asumiéramos más riesgos y diéramos cuanto antes salida al speed que llegaba en camiones, mezclado con pulpa de fruta, desde los puertos del sur, y que venía siendo la mercancía más demandada en los últimos tiempos.

Cuando os hablo de «nosotros» no solo me refiero a Ángel y a mí. Incluyo también a dos amigos más. Fule y Machado. Un par de buenos ejemplares a los que conocíamos desde el instituto: Dani el Fule y Francisco Machado. Así que después de lo de las Torres Gemelas ya éramos una banda de cuatro. Y lo seguimos siendo hasta hace bien poco. Las cosas se complicaron de verdad el último trimestre de 2008.

Marta y yo habíamos hablado muchas veces de tener un hijo, pero no nos decidíamos nunca. El momento siempre era después del próximo verano, o cuando yo encontrara un buen trabajo. Teníamos la vista puesta en un ubérrimo horizonte de agua y palmeras que reverberaba ante nuestros ojos irritados y noctámbulos con la alucinada intensidad de los espejismos. Lo ves y ya no lo ves. Pero da igual, porque haces como si lo siguieras

viendo, como si estuviera siempre ahí delante. En realidad vivíamos al día. Y lo cierto era que en los años buenos ella no se había andado con demasiados remilgos a la hora de disfrutar sin complejos de mis ingresos a cuenta del trapicheo y de la venta al pormenor de toda clase de estupefacientes. Gozábamos de una completa sensación de impunidad. Tened en cuenta que en nuestra cartera de clientes figuraba, por ejemplo, todo un concejal de Urbanismo, e incluso el mismísimo alcalde de un pueblo vecino que venía a correrse sus juergas a Las Zalbias, a modo de mínima concesión al decoro y a la discreción que su cargo y su relativa notoriedad aconsejaban. En 2009 prácticamente ya no teníamos ingresos. Las nuevas autoridades locales, después de los últimos procesos por corrupción –algunos con resonancia nacional–, estaban mucho menos dispuestas a hacer la vista gorda. Empezaron a complicarles la vida a los dueños de los locales con los que colaborábamos y todo se puso cuesta arriba. No es que no hubiera negocio, pero nosotros nos estábamos quedando fuera. Había chicos nuevos que hacían nuestro trabajo por una insignificante fracción de las sustancias con las que traficaban. Ahora Marta y yo vivíamos de lo que ella ganaba como administrativa en una fábrica de lámparas. En julio de 2010 alguien tuvo una gran idea para salir de las apreturas. Creo que fue Machado el que propuso lo de La Caraba. Era un local de playa a unos cincuenta kilómetros al norte, en Longares. Se trataba de llegar allí a última hora un día fuerte y llevarnos la recaudación del fin de semana. Ni más ni menos.

Ocurrió del siguiente modo. Fuimos los cuatro en dos coches, un sábado por la tarde. Estuvimos de copas hasta

las tres. Luego seguimos la marcha por nuestra cuenta en la playa. A las siete de la mañana regresamos al local. Teníamos los coches aparcados muy cerca y fue allí donde nos pusimos las caretas. En menos de cinco minutos entrábamos en La Caraba por la puerta de emergencia con un hacha, un machete y una pistola de aire comprimido. Alguien que trabajó en el local el verano anterior le había soplado a Machado que esa era precisamente la hora en que se contaba la recaudación allí, mientras el personal de limpieza hacía su trabajo. Todo fue increíblemente sencillo. Ángel le puso el machete en la garganta a una de las limpiadoras y le dijo al gerente con gran cortesía y tranquilidad que depositara de inmediato, en la bolsa de deportes que habíamos dejado abierta en el suelo, toda la recaudación de aquella noche.

No hará falta decir que el hombre no ofreció ni la más mínima resistencia. Puede que penséis que fantaseo, pero juraría que en un momento dado afloró a sus labios una sonrisa tímida y huidiza como una mariposa. Supongo que sería por los nervios.

Recuerdo esto ahora y casi me parece un cuento de hadas. Regresamos a Las Zalbias por la autovía en menos de veinte minutos, con 17.160 euros en el asiento de atrás, en billetes de 20, 50 y 100 euros. Lo más difícil de todo fue dividir 17.160 entre cuatro.

A pesar de lo bien que salió el palo, le juré a Marta que era la primera y la última vez que me metía en algo parecido. Después de todo, por muy fácil que hubiera sido no valía la pena arriesgarse tanto por poco menos de cinco mil euros. Estaba además la cuestión de la conciencia. Resulta que, al parecer, no soy un completo degenerado.

Y había algo extremadamente repugnante para mí en la expresión de pavor que rezumaban los ojos de aquella pobre chica, cuando el filo del cuchillo que Ángel sostenía le estaba rozando la yugular; mientras su jefe, un cincuentón calvo y corpulento con camisa de Gucci que sudaba a chorros, metía grandes fajos de billetes en nuestra bolsa de nailon. Por supuesto, habíamos dejado claro antes de entrar que si las cosas salían mal nos borrábamos sin herir a nadie; pero ¿alguien puede responder enteramente de sí mismo (y mucho menos, claro, de la conducta de otro) en un momento de tensión extrema? ¿Qué habría pasado, por ejemplo, si la chica hubiera intentado zafarse? Yo nunca he confiado del todo en Ángel, para ser sincero. (Ahora sí, ahora confío.)

Pero como seguramente ya sabéis, la mala vida se parece a unas escaleras mecánicas trucadas. Cuando ves que te has equivocado y que te llevan directo al sótano, y quieres rectificar, compruebas que los peldaños se deslizan hacia abajo más deprisa cuanto más rápido intentas remontarlos. Despidieron a Marta de la fábrica de lámparas en enero de 2011. Tuvimos que empezar a tirar de ahorros. Vendimos el cuatro por cuatro y compramos un utilitario. Apenas nos llegaba para el alquiler y encontrar trabajo era ya una verdadera quimera. Incluso dejé un currículum en la empresa de transportes en la que había trabajado años atrás, pero llegó la primavera, luego el verano, y el móvil seguía sin sonar. Ahora los peldaños se deslizaban bajo mis pies a vertiginosa velocidad. Y fue entonces cuando a Ángel, siempre oportuno, se le ocurrió lo del palo en el Versailles. Ese local de tan refinado nombre no era en realidad más que un prostíbulo

masificado que un paleta de la zona –uno de esos agricultores que había hecho dinero especulando con sus terrenos durante los años de esplendor– acababa de poner a funcionar junto a la autovía. Lo había llenado de rusas y ucranianas y (siempre según Ángel) apenas lo había dotado de medidas de seguridad.

–Tiene a un negrazo y a un serbio que le ayudan a manejar a las chicas –me había explicado–, pero todavía no ha instalado la alarma ni el circuito cerrado de vídeo, aunque el local funciona desde hace ya dos meses. El muy gilipollas saca noventa mil entre viernes y domingo y todavía está buscando a una empresa de seguridad que le haga un precio mejor. Tú ya sabes cómo son estos cerdos...

Por supuesto que sí, desde luego que yo sabía cómo eran esos cerdos, pero le dije a Ángel que no quería participar en el asunto de todos modos. Eso fue a finales de agosto; sin embargo a primeros de septiembre había cambiado de opinión, después de una larga y tensa conversación con Marta. Entonces fui yo quien volvió a sacar el tema. Y en cambio ahora era él quien no parecía ya tan convencido: «Habrás que ver si el negocio sigue en las mismas condiciones...». La respuesta afirmativa me llegó apenas la semana pasada. El martes, concretamente. Pero cuando oí su voz por teléfono («Bueno, qué... ¿lo hacemos o no?»), mi angustia retentó con una fuerza abrumadora y le pedí que me diera un par de días para tomar una decisión definitiva. Desde luego, noventa mil euros entre dos suponía una cantidad redonda y extremadamente fácil de repartir, pero si nos pillaban pasaría muchos años encerrado con una compañía muy poco deseable.